



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 9 DE JULIO DE 2023

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La conquista del espacio terrenal

EL TRANCE ENTRE LAS MANOS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

“Mejor que nunca”, le respondí a la médium. Nació de mi alma decirse cuando me dijo, sosteniendo sus manos boca abajo, apenas unos centímetros por encima de la pequeña bola de cristal: “El espíritu le manda preguntar cómo se encuentra”. “Bueno”, continué mi discurso, “sí ha habido algunas complicaciones. Quizás a nadie le sorprenderían; pero por alguna razón curiosa, a mí solito, me es imposible resolverlas”. La médium no sabía de qué le hablaba. Por el olor del lugar, me parece que ella había fumado algo y ni siquiera estaba segura de dónde se encontraba: no hay necesidad de decirlo, pero estábamos en su propia sala de contactos con el más allá: un cuarto de nueve metros cuadrados, en cuyo centro se encontraba una mesita redonda, cubierta por un mantel negro, con dos sillas de frente y un foco rojo colgando del techo. Por alguna razón, las paredes estaban cubiertas por patas de gallo, figurillas de monstruos, collares y cascabeles. Cierta número de colgijes sí espantaban por lo demoníaco de las figuras esculpidas en ellos. Como todo mundo sabe, así se adornan ese tipo de lugares.

La médium se quedó observándome y pude leer en su rostro un solo signo: el de interrogación. “Las cosas comenzaron a salirse de las manos hace como tres años”, agregué, “el asunto me sobrepasó. Sin pensarlo dos veces, renuncié a mi trabajo cuando tuve la promesa de conseguir otro, de mejor paga y menor esfuerzo. Sentí que estaba viviendo mi momento, aunque vivía al día. Por adelantado, debo aclarar que yo no tengo educación formal. Mi aprendizaje lo he ido adquiriendo de ver vídeos en YouTube. Mis trabajos van y vienen: así como la rueda de la fortuna sube y baja”. Decidí hacer una pausa.

El único sonido que podía escucharse era el de los truenos y la lluvia que llovía una gotera, se metía al cuartocho de ladrillos sin pintar. ¡Qué iba yo a saber lo difícil que me resultaría escapar de ahí! En vano serían varios de mis esfuerzos.

“Pregunta el espíritu si lo invocó solo para poder ser escuchado, ¿o quiere realizar alguna consulta?”. Comprendí que estaba dándole rodeos al asunto. “Vamos al punto”, me dije.

“Mire, el mundo anda muy mal y yo con él. Tantas guerras y gente luchando por fines que no valen la pena. Pero eso no es lo que a mí me preocupa, a mí lo que me tiene inquieto es que no tengo trabajo y compro billetes de la lotería nacional y nada de suerte. Ya como únicamente hígaditos encabollados y todo tipo de hierbas, pero estoy viendo que así, ni siquiera voy a adelgazar. Observe a las vacas, ellas se alimentan de hierba y re gordas que están. ¿Necesitaré proteína?, ¿carne?, pero, ¿de dónde saco el dinero para comprarla? Eso es lo que le quiero preguntarle a su fantasma que tiene ahora de visita en casa: ¿Cómo consigo trabajo?”

La médium cerró los ojos, murmuró algunas palabras que me parece que fueron: “bendito pescado, haz click”, y luego comenzó a girar la cabeza en semicírculos, de arriba hacia abajo y de



izquierda a derecha, como poseída. Llegué a pensar que la mujer adquiriría la forma de un monstruo. “Deme sus manos”, me dijo extendiendo las suyas, con las palmas boca abajo. Así hice, con las palmas boca arriba. Descubrí que sus manos eran grandes y gordas, como las de un luchador, casi como las de una bestia. “El espíritu dice que debe tener paciencia”, me dijo ella. “¿Más?”, le pregunté sorprendido. Se quedó en silencio, quieta. Sus ojos comenzaron a girar bajo sus párpados cerrados. Entonces dijo convincente: “La espera valdrá la pena”. Quise soltar mis manos, pero ella las apretó con fuerzas, causando dolor en las mías. “Hay más”, dijo la médium. Yo no sabía qué decir exactamente. Buscaba las palabras indicadas, precisas. “Me está apretando”, le dije en voz baja. “¡Silencio!”

Desapareció el olor a mariguana y me llegó un olor más peculiar, como a pescado crudo. Incliné mi cuerpo y pude ver que, en el piso junto a la mesa, había precisamente un plato con un pescado crudo. El olor comenzó a hacerse más presente, como mis manos parecían encogerse e hincharse. “Quiere decirle más, pero no alcanzo a percibir lo que el espíritu susurra”. “No se preocupe, con lo que me ha dicho es suficiente”, y traté de zafarme nuevamente; pero ella volvió a apretar. “¡Oiga, me está lastimando!” le dije con voz firme. “¿Quiere o no quiere saber lo que el espíritu quiere enseñarle?”. “Ya no”, le respondí. Y continué: “Le pido que me suelte porque me está doliendo”. “Bueno, bueno”, dijo ella soltando mis manos, “usted se lo pierde; vaya a la Iglesia y confíese, creo que eso es lo que el espíritu estaba diciéndole”. “Le agradezco”. Me levanté de la mesa y por poco y tropiezo con el plato del pescado crudo. Le pagué los seiscientos pesos a la mujer y noté algo extraño en ella: una que definitivamente podría explicar la fuerza de esta mujer para someterme durante su trance. Salí bajo el cielo gris, casi oscurecido. Había terminado de llover y me fui directo a la para-

da del camión. Media hora más tarde, descendí seis cuadras antes de llegar a mi casa: en la parroquia de la colonia, a confesarme.

A LA VUELTA DE LA ESQUINA
OLGA DE LEÓN G.

Tumbado sobre la acera de la calle, con una oreja aplanada contra una piedra blanca que yacía cerca de la pared donde cuarenta años atrás, una tarde soleada de octubre, todo había comenzado, estaba aquel hombre que entonces fuera un adolescente y joven fuerte, bien parecido y rompe corazones entre las chicas de su vecindario y del de su abuelo, a donde él acudía casi a diario, al salir de la escuela secundaria y todavía durante el primer año de la Preparatoria.

Llegó hasta allí corriendo, huía de un par que había descendido de un auto negro con claras intenciones de subirlo a ese auto que conducía una mujer. No se sabe si algún día él u otra persona sabrían cuáles fueron las razones de esa persecución que terminó al tropezarse y caer golpeándose cerca de la sien izquierda de su cabeza: ¿secuestrarlo?, ¿para qué y por qué?

Entre inconsciente o desmayado, lo asaltaron los recuerdos y este evento lo llevó en su memoria -que siempre fue excelente- al día en que, saliendo de la escuela preparatoria, un auto negro con tres individuos dentro de él, lo siguieron durante todo su trayecto a pie, hasta la parada de los camiones y allí uno de ellos descendió del auto y se le acercó... era norteamericano, por su acento y su pobre español, pero pudo decirle y el entonces joven Tomás, entenderle que querían invitarlo a participar en una película que por esos días estaban filmando dentro de algunos lugares de la ciudad, y hasta alcanzó a darle una tarjeta de presentación con dos o tres teléfonos. Pero Tom, -como lo llamaban los amigos- le hizo la parada al primer camión que vio venir y se subió a sabiendas de que tendría que bajarse más adelante, pues ese no era el que lo llevaría

hasta la colonia donde él vivía con sus padres. Y, no trayendo más dinero, tuvo que caminar y caminar... Llegó bañado en sudor a pesar de ser otoño y la temperatura estar muy agradable, casi como de un invierno leve.

Se trataría de una situación semejante, o eran tipos mandados por algún enemigo del campo laboral que quisiera desanimarlo a seguir con la causa que defendía a favor de campesinos amenazados por el narco para que cedieran sus tierras y el paso del ganado de los malos a pastar y beber de la presa que ellos habían construido para la comunidad... Quién sabe, quién lo sabrá... Ya nada le importaba viéndose en la cama del hospital y oyendo a los médicos hablando sobre el daño que se causó al caer y golpearse la sien del lado izquierdo.

Ahora le preocupaban sus hijos, aún muy jóvenes, y su mujer. ¿Qué sería de ellos, si él faltaba? Estaba consciente de que no les dejaba mucho patrimonio, solo la casa y otra pequeña propiedad, aún en trámite de concluirse el juicio sobre la posesión, propiedad legal y derechos y obligaciones.

La esposa vio en sus ojos la preocupación y trató de que no pensara en ello, ella y sus hijos sabrían qué hacer... Además, lo animaba diciéndole que claro que no moriría, aún tenían pendiente un último viaje en tren y otro en trasatlántico.

Fue en el instante en el que entraron sus hijos al cuarto del hospital, cuando él les dijo: así los quiero ver siempre, juntos, como buenos hermanos. Y, añadió: cuiden a su mamá. Ellos sonrieron lo más natural que pudieron y le dijeron, cada cual a su manera: “Pero si ni te estás muriendo papito, ni te morirás pronto”.

Tomás concluyó ese diálogo con una frase que se me quedó cincelada en el corazón: “Cómo que no, si acabo de hablar con la huesuda e hice un pacto de tiempo”. “¿En dónde le viste papi?”, preguntaron ambos, y él sonriendo, les contestó: “...a la vuelta de la esquina”.



Edmund Burke

Político y escritor británico. Fue uno de los más brillantes whigs de su generación y un ardiente defensor de los principios y de los métodos constitucionales ingleses. En Reflexiones sobre la Revolución francesa (1790), rechazó la violencia revolucionaria. Escribió también un importante tratado de estética, Investigación filosófica sobre el origen de nuestras ideas de lo sublime y de lo bello (1757), en el que argumentó lo sublime del terror y anticipó las tesis de la novela gótica.

Hijo de un abogado, Edmund Burke ingresó en el Trinity College de Dublín en 1744 y se mudó a Londres en 1750 para comenzar sus estudios en el Middle Temple. En 1756 publicó de forma anónima Vindicación de la sociedad natural (1756), una ridiculización del ideario del vizconde Bolingbroke que apuntaba tanto a su crítica destructiva de la religión revelada como a la moda contemporánea de un “regreso a la naturaleza”.

Una contribución a la teoría estética, Investigación filosófica sobre el origen de nuestras ideas de lo sublime y lo bello (1757), le dio cierta reputación en Inglaterra y fue comentada en el exterior, entre otros por Denis Diderot, Immanuel Kant y Gotthold Ephraim Lessing. De acuerdo con el editor Robert Dodsley, Burke emprendió la publicación de The Annual Register, un informe anual sobre asuntos internacionales; el primer volumen apareció en 1758, y siguió dedicado a esta tarea durante treinta años. En 1757, Burke contrajo matrimonio con Jane Nugent. De este período datan también sus numerosas amistades literarias y artísticas (Samuel Johnson, Oliver Goldsmith y Joshua Reynolds, entre otros).

Las declaraciones más conocidas de Burke sobre este tema son el discurso parlamentario “Sobre la fiscalidad americana” (1774) y el texto “Una carta a los alguaciles de Bristol, sobre los asuntos de América” (1777). Burke sugirió que el Parlamento británico debía mostrar una actitud conciliadora, junto con la disposición a atender las quejas estadounidenses y a tomar medidas para restaurar la confianza de las colonias en la autoridad imperial. En vista de la magnitud del problema, la idoneidad de los remedios específicos de Burke es cuestionable, pero los principios en los que basaba su propuesta eran los mismos que subyacen en las Reflexiones sobre la causa de los descontentos actuales: el gobierno ideal es una relación cooperativa y de restricción mutua de gobernantes y súbditos; debe haber apego a la tradición y a las formas del pasado, siempre que sea posible, pero, igualmente, reconocimiento del hecho del cambio y de la necesidad de responder a él, reafirmando los valores encarnados en la tradición en las nuevas circunstancias.

Como análisis y predicción del curso de la Revolución, los escritos franceses de Burke, aunque frecuentemente intemperantes y descontrolados, fueron en algunos aspectos sorprendentemente agudos; pero la falta de simpatía por los ideales revolucionarios perjudicó sus potencialidades más fructíferas y permanentes. Es en la crítica y en la afirmación de actitudes políticas fundamentales donde las Reflexiones y Un llamamiento de los nuevos a los viejos whigs (1791) conservan su frescura, fuerza y relevancia.

Sus últimos años se vieron entristecidos por la muerte de su único hijo, en quien había centrado sus ambiciones políticas.

Elmer Mendoza

Tu nombre chino

“Donde haya río, mar y oro para todo, habrá chinos”, señala Juan Esmerio en Tu nombre chino, novela publicada por Nitro/Press, en febrero de 2018 en México. Es probable que China sea el país más extendido en el mundo, un país más allá de sus fronteras. Como usted habrá notado, los japoneses llegan y toman fotos, los chinos instalan tiendas donde venden de todo a precios bajos y donde si les venden oro, lo compran. Un caso de esta diáspora, pero de 1906, es la que cuenta el autor de esta novela, en que la imaginación y la historia se dan la mano para hacernos comprender este fenómeno con León Chucúan, un joven que llega de China a Mazatlán Sinaloa y aprende a escuchar, “la melodía de las arenas” en los ojos de una mujer hermosa.

Juan Esmerio nació en Mazatlán Sinaloa, México, en 1965. Con un estilo sosegado, narra una historia de chinos que mantienen a toda costa elementos significativos de su cultura. Comida, medicina tradicional, hombres con pelo largo recogido en cola, música y esa capacidad de trabajar hasta veinte horas sin pensar en descansar. Desde luego, en algún momento revela la presencia de un fumadero de opio. La novela inicia con la

llegada de León al puerto. El señor Chang le pagó el viaje en una bodega, costo que deberá devengar con trabajo en una posada y un restaurant. Su encuentro con la vida cotidiana es inmediato y tiene claro que debe adaptarse, aprender el idioma. En una noche de luna, en la playa, conoce a Hortensia Nava, con la que se casará. Una boda muy especial que prefiere que usted descubra, lo mismo que el oficio de la joven.

Querer una ciudad es describirla luminosa, y es algo que usted notará en cada página. Son notables la plazuela Machado, uno de los lugares más queridos por los mazatlecos, los cerros del Vigía, de la Nevería; la isla del Crestón, Olas Altas, la cerveza alemana, el mercado, las tiendas, los pescadores, el humor playero y el carácter indomable de un pueblo que aprendió a vivir muy pronto con sus propios recursos. León trabaja intensamente, primero con el señor Chang y luego con el boticario Chen. Ambos le toman cariño y junto con los remeros Tirso y Santiago, le harán ver que no está solo. La amistad es un cordón que puede atar un millón de personas. Dentro de su alimentación, me dicen que los chinos jamás dejan fuera los afrodisíacos; así que busque usted la sopa de



holoturias y veamos si nos funciona, algo que consumen en el país más poblado del mundo. Detalle que me llamó la atención es una fábrica de habanos en Mazatlán. Recordé que en Nayarit, en su momento, se cultivaba tabaco.

Aspecto que fortalece la prosa de Juan Esmerio, es el contexto histórico de China a finales del siglo XIX y principios del XX. Más allá de la nóbel norteamericana Pearl S. Buck, que nos contó la lacerante miseria de ese país, el mexicano nos entrega una novela donde el esfuerzo es la divisa de un pueblo que pronto será

el más poderoso del siglo XXI. Con suavidad extrema, Esmerio lleva a sus personajes de un pensamiento a otro, de un misterio a otro; sin embargo, deja clara la integración de un pueblo con la naturaleza, con sus creencias religiosas y con sus milenarias tradiciones que incluyen la escritura múltiple de la vida y claro, de los nombres. La pandemia nos ocultó Tu nombre chino, novela de una atractiva portada; pero ya puede estar ante sus ojos y alimentar el gran placer por la lectura que crece en el verano. Todo me dice que les gustará.

ad pédem literae

Para que triunfe el mal, sólo es necesario que los buenos no hagan nada.

Edmund Burke

Letras de
buen humor

No soy pesimista. Soy un optimista bien informado

Antonio Gala